

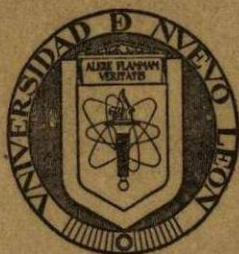
HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla de San Juan
Biblioteca Universitaria*

11



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1970

LA HISTORIA COMO PROCESO EDUCATIVO EN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

DR. ALBERTO CATURELLI
Universidad de Córdoba

I

EL "NUEVO CANTO" DEL LOGOS

El Músico eterno y la cítara viviente

SEGÚN LA LEYENDA GRIEGA, narrada por Clemente al comienzo del *Protréptico*, los griegos se habían reunido en Delfos para celebrar la muerte del dragón y aplaudían mientras Eunomos de Lócrida entonaba el canto fúnebre. Eunomos se acompañaba con la cítara y, detrás de las hojas de los árboles, cantaban las cigarras borrachas de sol. Pero una cuerda se cortó. Entonces, una cigarra voló hasta posarse sobre el yugo de la cítara y, como sobre una rama, cantó poniéndose en armonía con todo el concierto. La cigarra reemplazó así la cuerda que faltaba restituyendo la armonía del todo. Cle-

¹ Clemente de Alejandría, cuyo nombre completo fue Tito Flavio Clemente, nació aproximadamente el año 150 de nuestra era y los testimonios nos lo presentan como nacido probablemente en Atenas. Al menos su educación era griega, refinada y pagana. Convertido al Cristianismo, pasó la mayor parte de su vida y ejerció su acción apostólica en Alejandría, ciudad cosmopolita donde convergían las influencias del judaísmo, del helenismo, del misticismo oriental, del antropomorfismo griego y, naturalmente, de la filosofía griega. Tuvo por insigne discípulo a Orígenes y a él se debe el brillo de la escuela de Alejandría que ejerció profunda influencia en el pensamiento de los siglos II, III y IV.

Clemente escribió mucho, pero lo principal está constituido por el *Protréptico*, el *Pedagogo* y las *Strómatas* y, como es sabido, a muchos parecen constituir los momentos de un tríptico; a esta opinión se opuso E. de Faye, *Clément d'Alexandrie*, pp. 78-86 (citado por A. De la Barre, "Clément d'Alexandrie", *Dictionnaire de Théol.*

mente dice que no fue, por lo tanto, el canto de Eunomos, lo que movió a la cigarra, tal como lo quiere esta fábula que hizo erigir a Eunomos una estatua de bronce en Delfos; la cigarra voló y cantó por sí misma, aunque la leyenda anidó en el sentimiento de todos los griegos (*Prot.*, I, 1, 1-3).

Más aún, no cantaban las cigarras por la muerte del dragón, como supone la leyenda, sino por el Dios verdadero que ha creado la naturaleza y puesto la armonía del todo (*Prot.*, I, 1, 2). Pero los griegos creían en estas leyendas y suponían que la música amaestraba a las bestias salvajes, mientras que, por el contrario, parecen ponerse a la defensiva ante el rostro de la verdad; eran todos estos los "misterios del error" dice Clemente (I, 2, 1) proclamados por el viejo canto de los griegos y que, ahora, es necesario abandonar (abandonar el Helicón y el Citerón) para habitar el monte Sión (I, 2, 3), desde donde se escucha la armonía del canto nuevo ejecutado por otro ejecutante, en una cítara verdadera.

Cath., t. III, p. 145) y existe la sospecha de que intentaba escribir una obra titulada *Didaskalikós*, que sería la que completaría el ciclo. De Faye pensaba que las *Strómatas* serían una introducción a esa obra definitiva. Lo cierto es que son todos sus escritos muy asistemáticos. Se conserva su opúsculo *Quis dives salvetur*, fragmentos de obras perdidas y títulos. En cuanto a las ediciones indico las principales: *Clementis Alexandrini, Opera quae exstant omnia*, Migne, P. G., vols., 8 y 9, París, 1891; *Clemens Alexandrinus*, ed. crítica de Otto Staehlin, 4 vols., Leipzig, 1905, 1906, 1909, 1936 (sobre este texto se han hecho las demás ediciones actuales y traducciones sobre texto crítico). Para mi trabajo, utilizo: *Il Pedagogo*, Concilio atque hortatu Rev. D. Petri Ricaldoni, Testo, Introduzione e note di Abele Boatti, S. E. I. Torino, 1953 (edición completa de los tres libros de que consta el *Pedagogo*); *Le Pédagogue*, Livre I, Texte grec., Introd. et notes de H. I. Marrou, Trad. de M. Harl, "Sources Chrétiennes", Ed. du Cerf, París, 1960; *Le Protreptique*, Introd., Trad. e Notes de C. Mondésert, 2a. éd., ibidem, 1949; la misma Ed. y los profesores Mondésert y Camelot han publicado en edición bilingüe las dos primeras *Strómatas* (ibidem, 1951 —*Str. I*— y 1954 —*Str. II*). Mi exposición se refiere casi exclusivamente al libro I del *Pedagogo* donde está lo esencial de mi tema; los Libros II y III saltan a la exposición de una moral cotidiana del cristiano. Las citas indican directamente el capítulo en romanos y la enumeración de la Ed. Marrou que tiene por base el texto de Staehlin.

En cuanto a la bibliografía (inmensa y en gran parte inaccesible) indico solamente: E. de FAYE, *Clément d'Alexandrie. Étude sur les rapports du Christianisme et de la philosophie grecque au IIe siècle*, 2da. ed.; París, 1906; esta obra está bien reseñada en el utilísimo y extenso estudio de A. DE LA BARRE, "Clément d'Alexandrie", *Dictionnaire de Théol. Cath.*, vol. III, cols. 137-199; Nenri-Irénée MARROU, "Introduction Générale" a la edición precitada de *Le Pédagogue*, pp. 7-97; para nuestro tema es muy importante, del mismo autor, *Histoire de l'Éducation dans l'Antiquité*, Ed. du Cerf., París, 1943; igualmente, Claude MONDESERT, *Clément d'Alexandrie. Introduction à l'étude de sa pensée religieuse a partir de l'Écriture*, Aubier, París, 1944 (cf. cap. X sobre la historia religiosa de la humanidad). Ver en Mondésert y Marrou más bibliografía.

“El error es antiguo, mientras que la verdad parece nueva” (*ib.*, *Im.* 6, 3) porque, en efecto, si bien la verdad proclamada por Clemente a los griegos, el canto del monte Sión, es eterna, se ha revelado hace poco a los hombres y es, por eso, nueva, sin desmedro de la afirmación que la verdad, por el solo acto de ser siempre, siempre es nueva. Se trata pues de alguien que canta la eterna norma de la nueva armonía que lleva el nombre de Dios; canta “el canto nuevo, el canto de los Levitas”. Así como la fábula griega decía erróneamente que la música amaestraba las bestias salvajes, este canto “ha amaestrado los animales más difíciles que jamás existieron: los hombres: pájaros como los frívolos, serpientes como los mentirosos, leones como los violentos, cerdos como los voluptuosos, lobos como los rapaces. Los insensatos son piedras y maderas; ¡y aún más insensible que la piedra es el hombre caído en el error!” (*ib.*, I, 4, 1). Canto que nos viene en la voz de los profetas y gime sobre aquellos que pasan su existencia en la ignorancia y el pecado. Al mismo tiempo, el divino Ejecutante dona su fuerza y su poder al canto: “de las piedras ha hecho hombres; de las bestias salvajes también hombres” y de los muertos ha hecho vivos (*ib.*, I, 4, 4). Más allá aún y asumiéndolo todo, ordenó el universo en concertada armonía; como dice poéticamente, este canto “sostiene el universo y acuerda todos los seres” (*ib.*, 5, 2). Canto que descende de David y cuyo autor descende, según la carne, de David y es el *Lógos* de Dios que todo regla por el Espíritu, tanto el cosmos como este microcosmos que soy yo, el hombre; pero el *Lógos* se sirve de este instrumento como de la cítara para alabar a Dios. Como el rey citarista, David, invita a encontrar la verdad, a desalienarnos de los ídolos y los demonios y quiere salvarnos haciéndonos partícipes de su gracia (*ib.*, I, 5, 4; I, 6, 1).

Así pues, por antiguos que sean los paganos, como el canto que completó la cítara, los cristianos viven de una verdad muy anterior que históricamente se remonta a los orígenes del mundo y del hombre; pero, absolutamente, sostiene Clemente, “nosotros somos desde antes de la creación del mundo”, eternamente presentes a la mente de Dios, “las creaturas racionales del Logos-Dios” (*ib.*, I, 6, 4); pues, como sabemos, “al principio era el Verbo” (S. Juan, 1, 1). Desde este punto de vista, nada es anterior al Logos y los cristianos llevan sobre sí la más antigua verdad. Empero, este Logos eterno ha penetrado en el tiempo, se ha hecho *histórico* y, por eso, al cumplir la Alianza, comienzan con él tiempos últimos de la historia divino-humana; desde este punto de vista, con Cristo adviene y se escucha el “nuevo canto”; Dios hombre, el mismo por el cual los hombres bestializados son “amaestrados” y redimidos, constituye el canto nuevo del Logos que pre-existía desde los comienzos; pero a la aparición de este canto precedió la caída del hombre y, por eso, es “hoy” cuando El ha aparecido (*ib.*, I, 7, 4).

El Logos que llama a los hombres, que los exhorta, el buen médico que los cura y el pedagogo que los enseña. Y la historia no será otra cosa que el desarrollo ya de la exhortación y conversión de los hombres, ya el de la educación progresiva y la iluminación con la verdad trascendente. El Logos, pues, el Logos del nuevo canto, si se me permite ir más allá pero en la misma línea que Clemente, es el Músico, el hombre es la cítara o su instrumento y el concierto es el desarrollo educativo e histórico compuesto por el *Lógos* redentor. En otras palabras que pudieron ser dirigidas a los griegos; como Eunomos, el Logos ejecuta en la cítara que es el hombre; habiendo caído el hombre, una cuerda se rompió y, como la cigarra, el Redentor recompuso la armonía del todo.

La triple manifestación del Lógos

Como se ve, el Logos de Clemente de Alejandría —fijando la atención en el sentido predominante del término en sus escritos— es ya el Logos increado, la segunda Persona de la Trinidad, ya el Logos encarnado, es decir, Cristo, por quien el Logos entra en la temporalidad histórica. Pero esta entrada del Logos en la historia es generadora de la historia misma si se tiene presente que, primero, es el Logos que exhorta a todos los hombres, después el Logos que guía y educa y, por último, el Logos Maestro que ilumina y muestra los Misterios. Vayamos por partes. En efecto, el Logos del “nuevo canto” de la eterna verdad, *llama* a todos los hombres; es decir que la vocación de la humanidad desde el principio es el gobierno del Logos cuya inspiración hace o vuelve niños a los griegos, “recién llegados” de la historia (*Strom.*, I, 29, 180, 1-5). Por tanto, se trata de este Logos eterno cuando Clemente indica que “llama” a los hombres; Dios *nos* llama por su Logos “como un padre cariñoso” (*Prot.*, IX, 82, 2); ha inspirado a los filósofos (para mostrar lo cual escribió Clemente muchas páginas de las *Strómatas*) y guiado a los judíos. Luego de la Encarnación, somos como recién nacidos, niños, los primeros rescatados (*Prot.*, IX, 82, 7); tal es el Logos *Protreptikós*, el que exhorta “ahora”, como si dijéramos “ya mismo” y siempre pues “hasta la consumación de los siglos duran los ahora y la posibilidad de aprender”; por tanto, “el verdadero ahora, el día continuo de Dios deviene igual a la eternidad” (*Prot.*, IX, 84, 6). Este es el Logos que invita a los hombres a la conversión a Dios y hablaba a los griegos y paganos de todo el universo. Primera manifestación del Logos eterno. Para mostrar esta primera manifestación escribió Clemente su obra *Protreptikós*.

Pero aquellos que han recibido el don de la fe y la participación en la gracia de Jesucristo por el bautismo (vida eterna incoada) nos ponen en el camino progresivo del conocimiento (*gnosis*) de Dios; de modo que la ver-

dadera *gnosis* es el conocimiento íntimo (místico) de Dios, en la íntima unión con El. En otras palabras, el término de la historia individual (y como veremos no hay más historia que la historia personal) es, precisamente, la *gnosis* que está en la iluminación (en el bautismo y su fin en el reposo) (*Pedag.*, VI, 29, 3). La *gnosis* restablece la vista, hace desaparecer la ignorancia y nos une a Dios. En orden a este fin incoado desde el bautismo (es decir en los cristianos) el Logos es Logos *Paidagogós*, pedagogo, en cuanto guía como a niños a los hombres cristianos para que, al fin, puedan recibir las enseñanzas dogmáticas, más propiamente místicas, del Logos *didaskalikós* o Maestro propiamente dicho. Por tanto, el pensamiento de Clemente se mueve implicando las tres manifestaciones del Logos (no necesariamente cronológicas pues se yuxtaponen y entrecruzan) y esto implica desde la exhortación originaria hasta la iluminación final, a toda la historia del hombre en el plan salvífico de Dios. Como dice Clemente: "primero protréptico o consejero, después pedagogo, por fin maestro (*Pedag.*, I, I, 3, 3). La historia, por tanto, aparece como esencialmente cristológica desde que es el Logos *pedagógico* quien conduce al hombre a su fin. Por consiguiente, queda desde el principio bien distinguido el *pedagogo* del *maestro* y, en ese sentido, se distinguirán los métodos pedagógicos y didascálico. Nosotros debemos poner la atención en el primero.

II

EL LOGOS PEDAGÓGICO

La idea del pedagogo

La idea del pedagogo no aparece en las Escrituras, al menos en el sentido empleado por Clemente. Porque el Pedagogo de Clemente es el que conduce al niño y forma su carácter conduciéndolo a su plenitud y esta idea era una idea griega implantada en un contexto cristiano. Marrou explica la idea griega del pedagogo: "El griego *paidagogós* (o el latín *paedagogus*: los romanos habían tomado prestado al helenismo la cosa y la palabra) designaba el servidor, normalmente un esclavo, que en la sociedad antigua, en lo cual se reconoce el estilo de la vida aristocrática, estaba encargado de 'conducir al niño' a la escuela. Su papel consistía en ayudar a su joven amo (llevar sus útiles, etc.) pero, sobre todo, protegerlo contra los peligros de la calle, peligros de orden físico y sobre todo moral —es sabido cuánto se cebaba en los niños la inmoralidad griega; de allí la misión de vigilar el comportamiento del escolar, de exigir de él una actitud correcta y digna:

la costumbre antigua, sumaria e inestable, confería a esta exigencia implicaciones morales más directas, inmediatas, que en nuestros días. De la civilidad pueril y honesta, de las buenas maneras y de la simple vigilancia, se pasaba fácilmente a la formación del carácter y, más generalmente, de la moralidad".² Y Clemente tenía la misma idea del "pedagogo", pues, para él, la pedagogía es el "arte de guiar" (*Pedag.*, IX, 81, 3) y, por tanto, el pedagogo es quien guía al niño, "quien guía y enseña" (*ib.*, VII, 54, 1); por eso, de acuerdo a las implicaciones morales que señala Marrou, la pedagogía "es la buena educación de los niños para la virtud" (*ib.*, V, 16, 1). Pero, como el lector ya lo ha adivinado, ahora estamos ante cierta transfiguración de la idea del pedagogo pues el pedagogo es el *Logos*, que "guía y enseña" a cada hombre y, en cuanto guía y enseña a cada hombre, guía y enseña a la historia de la humanidad. Toda la historia anterior a Cristo es historia en virtud del Logos y, después de Cristo, la historia adquiere sentido en la acción salvadora del Logos encarnado. Del mismo modo como el *paidagogós* guiaba al niño griego, así el *Paidagogós* (que implica la misma idea en contexto cristiano) guía a los "niños" que somos los hombres y con quienes compone el "nuevo canto" de la armonía histórica del todo.

El plan pedagógico de la historia

Es claro entonces que Dios, desde su acto eterno, presencialmente, tiene el plan de la historia exhortativa-educativa-didascálica del hombre y, al mismo tiempo, debe actuar un método intrínseco a la conducción interna de la historia. En cuanto a lo primero, Clemente indica el plan divino: "formó al hombre del fango, lo regeneró con el agua, lo perfeccionó con el Espíritu, lo educó con el Logos, dirigiéndolo a la adopción y a la salvación con santos mandamientos, para trasmutar, desde su venida, al hombre de origen terreno en santo y celeste y cumplir así perfectamente aquella expresión divina: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (*Pedag.*, XII, 98, 2). Consecuentemente, el hombre debe llegar a ser un buen alumno del buen Pedagogo hasta divinizarse, ser también dios, ingresando en su vida divina. El Logos protréptico tiene por objeto, en cambio, las costumbres religiosas (guía al hombre hacia el culto de Dios), las acciones (reguladas por el Logos consejero) y las pasiones (curadas por el Logos consolador) (*ib.*, I, I, 1). Esto nos permite preguntarnos si el Logos, en cuanto protréptico, no es el director de la historia pre-cristiana como parece desprenderse de la inspiración general de las primeras *Strómatas*. Así se invisceran las acciones del Logos en cuanto exhortador y en cuanto pedagogo. El Peda-

² H. I. MARROU, "Introduction Générale", pp. 14-15, de la edición citada.

gogo es, pues, como un *médico* (*ib.*, I, 3, 1), como un *pastor* (I, 11, 2 y parall.), como un *general* (I, 54, 2; 65, 2-3), como un *entrenador* de caballos (I, 15, 3), etc., como un *padre* (*Prot.*, IX, 82, 2) que conduce a los enfermos del alma a la *ciencia* perfecta de la verdad (*gnosis*) (*Pedag.*, I, 3, 1) por medio del aprender y por medio del cuidado afectuoso a la *salud*; es claro que este enfermo del alma está imposibilitado de aprender las materias didascálicas reservadas a la suprema enseñanza del Maestro (*didaskalikós*) que revela las verdades dogmáticas (*ib.*, I, I, 2, 1); en otras palabras, los enfermos del alma tienen necesidad del Pedagogo para que los cure; pero luego, para adquirir la *gnosis* tienen necesidad del Maestro. Por eso, lo primero que debe acontecer en la historia personal de cada hombre bautizado, es asumir el *ejemplar* modelo que es el Logos y tratar de hacer *semejante* a El nuestra alma (*ib.*, II, 4, 2). Insisto una vez más: la acción pedagógica del Logos es histórica precisamente porque es personal, porque guía no a una pura "humanidad" abstracta, sino a uno por uno; es universal porque es personal y no a la inversa. Y si por humanidad entendemos la tuya, la mía, concretamente (y Clemente como cristiano no podía pensar otra cosa) es la humanidad de todos los hombres redimidos o renatos y, por eso, Clemente habla de la historia universal cuando habla de la acción pedagógica del Logos. Luego, para Clemente, la imagen de la historia es la de un infinito y paternal pedagogo que guía co-incidiendo en su acto con la libertad de los hombres. Y este guiar es esencialmente educativo, formativo, progresivo, como un enriquecimiento interior hacia la *gnosis* perfecta.

Los "niños" del Pedagogo

El Logos Pedagogo cura las enfermedades del alma y su arte es semejante al de la medicina (*Pedag.*, I, II, 6, 1) pero toma sobre sí la totalidad del compuesto humano pues "cuerpo y alma... cura el Médico curador de todo mal de la humanidad" (*ib.*, II, 6, 2). Y nosotros, ante El, nos hemos convertido en *niños*; cada hombre es un niño para el cuidado del Logos cuya potencia ordenadora se ocupó, primero, del hombre, cuando ordenó el cosmos y, segundo, del hombre mismo y directamente (*ib.*, II, 6, 5-6). El Logos se ha hecho interior a sus "niños" exhortándolos primero a convertirse a El y, después, educándolos para no pecar; pero esto no tiene sentido sino en cuanto el Logos lo hace por *amor*. El Logos está enamorado del hombre y "el filtro (de amor) está dentro del hombre, aquello que, precisamente, se llama infusión de Dios" (*ib.*, III, 7, 3). Sin el hombre, la obra de la creación amorosa quedaba incompleta; más allá de la primera creación externa (el cosmos) era necesaria la creación interna (el hombre) cuya re-creación lleva a cabo el Logos en cuanto Redentor y

Pedagogo. El hombre es amable, deseable, por sí mismo y su guía *ve* en la profundidad de su corazón, escruta e investiga en él (*ib.*, III, 9, 2). Y este hombre amable es, por cierto, el varón y la mujer (afirmación importante en el medio helenístico de Clemente) cuyo único nombre común es, sencillamente, *hombre*.

Todos los hombres entonces son como "niños"; si la pedagogía, tanto para los griegos como para Clemente que acepta integralmente su concepto, es la educación de los niños (*ib.*, V, 12, 1) y el Pedagogo es el Verbo, se sigue que los niños somos *nosotros*; estos niños (*paidas*) advienen al estado de ser niños a medida que conquistan el espíritu de niñez, esencialmente evangélico y, por ello, son *discípulos* del Logos ante Quien es necesario cambiar y llegar a ser como niños (*Mat.*, 19, 13-14) imitando su simplicidad. Clemente llama a los hombres, además de "niños", "terneritos" (*ib.*, V, 14, 2), "corderos" (*ib.*, V, 14, 2; 15, 4), "palomas" (en el mismo lugar), "pollitos", "infantes", "hijos", "prole", "potrillos", "pequeños"; pero, la expresión predominante es la de *niños* o infantes del Logos; y somos niños porque hemos logrado la niñez en Cristo, es decir, en Cristo se realiza la juventud de la humanidad porque es "una eternidad sin vejez y con simplicidad" (*ib.*, V, 15, 2). Entonces, para el hombre, el ser niño (*paidion*) es el ideal de vida para lograr la plenitud de Vida; es cierto que será el hombre un iluso para el espíritu mundano, pero será "niño" para Dios sin la "madurez" del pecado; positivamente, la "madurez" sería sólo de Dios en cuanto Maestro y el discipulado lo propio del hombre (*ib.*, V, 17, 3); aunque, negativamente, el hombre suele ser adulto en la malicia. Entonces, como miembros del Cuerpo Místico, somos niños que beben de la savia de Cristo, su Cabeza y, en este mismo sentido, la Iglesia es Madre que atrae hacia sí a sus niños. Por mi parte quisiera hacer notar que si la *niñez* le adviene al hombre por Cristo, entonces también fueron niños del Logos los orientales, los griegos, los romanos, los africanos, todos los hombres de la tierra que escriben la historia con su libertad y a los cuales no les está negada la gracia. Pero, es claro, nadie se salva sino por la Iglesia y así la Iglesia no aparece como un hecho más "de" o "en" la historia sino como su interno motor desde el principio. Más hondo aún y volviendo a Clemente, "niño" en sentido pleno es el Verbo humanado pues el mismo Espíritu llama niño al Señor (Isaías, 9, 6) cuando dice por boca del profeta: "nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y que se llamará maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz"; en este sentido, para Clemente, el Niño perfecto es el Logos mismo que es el Educador perfecto (*ib.*, V, 24, 3) como Hijo del Padre y Cordero de Dios, "Infante" suyo.

El Infante perfecto lo es porque nada tiene que aprender siendo él mismo Logos. Pero nosotros necesitamos del aprendizaje. Y, en cuanto cristianos —pues ahora nos referimos solamente a ellos— no somos niños por la “materia” o las ciencias que aprendemos, sino por una iluminación, por un conocer real que se produce en la transfiguración del bautismo. Por el bautismo fuimos iluminados “y esto es un conocer de Dios”, dice Clemente, y no es, propiamente, imperfecto “aquel que ha conocido al que es perfecto” (*ib.*, VI, 25, 1); así pues, en el Bautismo, siendo iluminados advenimos al estado de *hijos* y “llegando a ser hijos llegamos a ser perfectos y llegando a ser perfectos llegamos a ser inmortales” (VI, 26, 1) sin que jamás nadie pueda llegar al estado del Logos pues sólo el Logos es Maestro (VI, 25, 2); el Bautismo, entonces, nos convierte en hijos, es decir, reafirma nuestro carácter de *niños* al lavarnos (de los pecados), siendo don, iluminación y, al cabo perfección; en ese sentido, si a la voluntad del Logos como voluntad de dar se sigue un don perfecto, desde el Bautismo *ya somos perfectos* (VI, 27, 1). Así pues, desde ese instante el ser-regenerado es perfección de la vida y, visto desde Dios, “como su querer es acto y éste se llama mundo (*kósmos*), así también su benevolencia y salvación de los hombres, y ésta se llama Iglesia (*ekklesia*). Conoce por tanto a aquellos que llamó y a los llamados salvó; llamó y salvó al mismo tiempo” (*ib.*, VI, 27, 2). Claro que la meta de este dinamismo salvífico de todo el hombre (y digo entonces de toda la humanidad) no coincide con el principio, pues serían lo mismo el tiempo y la eternidad, aunque ambas cosas tengan un mismo objeto; por lo tanto, “la fe, generada en el tiempo es, por así decir, la partida; y el logro, permanente por toda la eternidad de las promesas del Bautismo es la meta” (*ib.*, VI, 28, 5). Desde este punto de vista es la fe perfecta por sí misma, completa en sí y lo que ahora lo recibimos por la fe (en cierto modo lo futuro aquí presente) después de la resurrección lo tendremos realmente; así, donde está la *fe*, existe la verdadera *gnosis*, pues la *gnosis* está en la iluminación y su fin es el reposo final (*ib.*, V, 29, 3); entonces se ve que la *gnosis* no es innata sino susceptible de progreso desde la perfección incoada del don de la fe; por eso sostiene Clemente —en el mismo lugar— que la *gnosis* “es la iluminación (*photismós*) que hace desaparecer la ignorancia y restablece la vista”; más aún, las cosas que están mal ligadas por la ignorancia (las “tinieblas” de la ignorancia dice Clemente) son desligadas por el conocimiento poniendo de relieve que el único remedio (que utiliza el divino Médico y Pedagogo) es el Bautismo del Logos donde surge la *gnosis* y, aclarada la mente, llegamos a ser *aprendices*. Resumiendo pues: “la catequesis conduce a la fe y la fe, en el momento del Bautismo, es amaestrada

por el Espíritu Santo” (*ib.*, VI, 30, 2). De esto se sigue que la historia de la humanidad, no sólo la historia de una persona singular sino de todos, entra y pasa por la fe antecedentemente como preparación o movimiento hacia ella por misteriosos caminos o consecuentemente en la *gnosis* cristiana.

Contrariamente a la doctrina de los gnósticos no-cristianos, es claro que los hombres no se distinguen entre “psíquicos” y “pneumáticos”, pues *todos* son “espirituales” o “pneumáticos” en Cristo (*ib.*, VI, 31, 2). Y esta espiritualidad primordial implica la idea profunda de Clemente acerca de la *desmaterialización* del espíritu que es una transposición ortodoxa de una idea gnóstica (*ib.*, VI, 32, 1); esta “desmaterialización” (o “paso a través del filtro” como traducen algunos) se produce en el Bautismo (verdadera y primordial desmaterialización o descarnalización del hombre) por medio del cual corremos como niños hacia el Padre (*ibidem*); de ese modo advenimos al estado de *niños* y “así el Pedagogo y maestro llama niños a nosotros los cuales somos más aptos para la salvación que los sabios del mundo, los que, mientras se consideran sabios, están inflados de orgullo” (*loc. cit.* 2). Sólo a los niños les ha sido y les será revelada la verdad, parvulitos de Dios, infantes, como dice Clemente.

La infancia en Cristo es perfección, pero sólo se adviene a ella por la iluminación del Bautismo; los demás tienen, constitutivamente, la tendencia hacia ella. Y el Logos prometió la “leche y la miel” de la tierra buena esperada (*Ex.*, 3, 8, 17) y Clemente, tan amigo de las interpretaciones simbólicas, intenta mostrar que así como a los niños recién nacidos se los alimenta con leche, así los hombres (infantes ante el Logos) se alimentan con la leche de Cristo, es decir, con la *palabra* que proporciona un alimento espiritual, de modo que el perfecto alimento es la leche perfecta que conduce a la vida sin término (*ib.*, VI, 36, 3 y 36, 1). Leche que es la “bebida de la fe” por la cual es irrigado el Cuerpo Místico (*ib.*, VI, 38, 3) para su crecimiento en todos sus miembros; y esa es la Iglesia la cual, a su vez, es Madre; pero no tiene leche, pues ésta es sólo Cristo; de modo que el Logos es *todo* para el niño (este hombre y todos los hombres); lo es todo como padre (*pater*), como madre (*máter*), como pedagogo (*paidagogós*), como alimentador (*tropheus*) (*ib.*, VI, 42, 3); y, más allá de las caprichosas y no siempre aceptables analogías de Clemente, lo que realmente importa y nutre el pensamiento de Clemente, es que debemos bebernos el Logos porque el Logos es el *trophé tés aletheías*, el alimento de la verdad (*ib.*, VI, 452); y así como para Cristo el alimento era el cumplimiento de la voluntad del Padre, “para nosotros, niños, que succionamos el Logos del cielo, es el mismo Cristo” (*ib.*, VI, 46, 1). Por El somos infantes, ya exhortados antes del Bautismo, ya propiamente niños después de él, guiados por el Pedagogo que gobierna hacia la salvación. La historia personal es entonces

educación en el conocimiento de la verdad; conduce al niño, no ya a la escuela sino al eterno reposo, le ayuda protegiéndolo contra los peligros de la calle, es decir, del mundo y del pecado, le vigila en su comportamiento exigiéndole una vida recta, formando su carácter e instruyéndolo en una moralidad salvífica. Tal es la labor del Pedagogo. Y así Clemente unía una idea estrictamente griega (la del Pedagogo) con una idea estrictamente cristiana (la de la infancia espiritual). La historia es, pues, *el desarrollo educativo de la infancia espiritual del hombre*.

El Logos guía de toda la humanidad

La pedagogía de Dios, análogamente, "es la indicación de la vía recta de la verdad en vistas de la contemplación de Dios" (*ib.*, VII, 54, 1); pero ya he dicho antes que semejante afirmación tiene valor histórico en cuanto, primero, se trata de la fe generada en el *tiempo* y no hay proceso educativo fuera del tiempo; en ese sentido, la acción educativa del Logos es individual pero siempre universal, es decir, de todos. Así lo afirma Clemente en diversos lugares: "nuestro Pedagogo es el santo Dios Jesús, el Logos que conduce la humanidad entera; Dios mismo que ama a los hombres es nuestro Pedagogo" (VII, 55, 2); esta expresión de Clemente: *Paidagogós tés anthropótetos*, pedagogo de la humanidad (VII, 57, 1), se entiende como amistad y filantropía con el educador, como divino preceptor, Pedagogo del pueblo antiguo (VII, 58, 1) y guía de la humanidad toda hacia la salud (XI, 96, 2). A su vez, el mismo Pedagogo enseña pedagogía (a Moisés por ejemplo) siendo así "maestro de pedagogía" (VII, 58, 1) como quien, a su vez, enseña a conducir. Para Clemente, el mismo carácter de guía de la humanidad, es decir, de *paidagogós* del hombre, implica su carácter de juez del hombre mismo; pero la afirmación del Pedagogo como Juez no significa una oposición intrínseca, en Dios mismo como querían los gnósticos, entre lo justo y lo bueno como si se opusieran un Dios de amor (Nuevo Testamento) y un Dios terrible y vengativo (Antiguo Testamento); por el contrario (cf. *Strom.*, II, caps. 7 y 8) el mismo temor de la justicia divina se subordina al *amor* ya que "el Pedagogo... en su inmenso amor hacia los hombres ha sufrido juntamente con la naturaleza de cada hombre" (*Pedag.*, VIII, 62, 2); nada existe sin que Dios le haya dado el ser y, por eso, nada es odiado por El; luego *ama todo lo que existe* (VIII, 62, 4); pero, principalmente, al *hombre* que es la más bella de las creaturas y que es capaz de amar a Dios (*ib.*, VIII, 63, 1). Más aún, lo bueno en cuanto bueno *beneficia*, sostiene Clemente; luego, Dios beneficia siempre (aun cuando castiga); beneficiar es, al mismo tiempo, tomar *cuidado* del hombre

educándolo por medio del Logos, coadjutor de Dios en su amor al hombre (*ib.*, VIII, 63, 2-3).

Esto explica, volviendo un poco atrás en los textos de Clemente, por qué el Logos es llamado "guía del pueblo nuevo" (*ib.*, VII, 58, 1); pero es guía del pueblo nuevo *por sí mismo*, mientras que era guía del antiguo pueblo, tenía la antigua alianza; la Ley educaba al pueblo como lo hace un pedagogo, en el temor y el Logos era un ángel. Pero el nuevo y joven pueblo ha recibido una nueva y reciente alianza, el Logos ha sido engendrado, el temor se ha trasmutado en amor y aquel ángel místico, Jesús, ha sido dado a luz. En efecto, este mismo Pedagogo que decía antes: *Para que temas a Yavé, tu Dios* (*Deut.*, 6, 2), nos recomendó a nosotros en cambio: *Amarás al Señor tu Dios* (*Mat.*, 22, 37) (*Pedag.*, VII, 59, 1-2). Por este amor somos neonatos y, a la vez, eternizados, en el Logos. El pueblo del Antiguo Testamento se regía por la Ley dada por el Logos a través de Moisés y "no duró más que un tiempo"; mientras que del Logos Jesús proviene la verdad eterna. Aquí, como se ve, se imbrican tiempo y eternidad en el pasaje mismo de la antigua a la nueva (y eterna) Alianza; era en vistas a la eterna Alianza, a la reconciliación del hombre con Dios, que hablaba el profeta; profetizar era ya hablar del Pedagogo y era el hablar *del Pedagogo* mismo por medio del profeta que pre-dice. Este movimiento, este dinamismo total de toda la historia educativa del hombre, confiere, para Clemente, sentido a toda la evolución de la humanidad, aun a aquella que no sabe nada del Pedagogo pero que si existe y se inserta en el movimiento histórico es, precisamente, por la acción eterna del Logos Pedagogo.

III

EL PROCESO EDUCATIVO DE LA HUMANIDAD

El método educativo

Esclarecida la esencia de la acción pedagógica del Logos, Clemente cree necesario investigar no ya el Pedagogo en sí mismo, sino su camino, su modo propio de producir internamente el proceso de educación del hombre-infante. Y este camino y sus modalidades propias es el *método* del Logos *paidagogós* que conduce a la más inmediata revelación del Logos *didaskalikós*. El Logos pedagógico nos quiere hacer conocer lo bello y lo útil; pero en esta acción, el Logos también se da a conocer. Y precisamente en esta acción se muestra el método del Pedagogo. En efecto: "Lo bello pertenece al género encomiástico (*enkomiastikós*), lo útil al deliberativo (*simbouleu-*

tikós). Este se subdivide en exhortativo (*protreptikós*) y prohibitivo (*aprotreptikós*); el encomiástico en laudativo (*epainetikós*) y vituperativo (*psek-tikós*). Porque el pensamiento deliberativo en cierto aspecto exhorta a hacer una cosa, en otro aspecto disuade. Y así el encomiástico a veces comprende, a veces alaba. Es de estas cosas de las que se ocupa especialmente el justo Pedagogo, quien mira por nuestra utilidad" (*Pedag.*, X, 89, 2-3). Este texto fundamental nos pone en la pista del camino recorrido por el pensamiento de Clemente en lo que se refiere al método del Logos en cuanto guía de la humanidad. En estos modos de su método, el Logos *se da a conocer*; en efecto, el Pedagogo se dirige a los hombres, sus infantes o discípulos, de dos modos fundamentalmente: de modo aparentemente *negativo* (vituperativo y prohibitivo) o *positivo* (laudativo y exhortativo); y digo aparentemente negativo porque en la reprensión o en el castigo se manifiesta también el amor docente de Dios. Clemente ha comenzado por el primer modo: Así pues, el Pedagogo va manifestando en la historia modos de guiar, modos de educar al hombre y, por tanto, de co-dirigir la historia con la libertad de la persona.

Los modos del proceso educativo

Si nos fijamos primero en el momento negativo, la educación por el Logos pone a la luz la *justicia* pensada (contra los gnósticos) como el dar a cada uno lo que merece, pues, para Clemente, "todos los elementos que entran en la definición del 'bien', caracterizan precisamente a la justicia" (*Pedag.*, VIII, 64, 1). Luego, siempre la justicia es un bien (loc. cit., 64, 2) y por eso se debe comprender que las pasiones se curan con el castigo como una operación quirúrgica sobre el alma enferma.

Supuesta entonces la conciliación interna entre el bien y la justicia, el Pedagogo posee un arte de la reprensión y actúa con los hombres como el general; así "el Logos que gobierna todas las cosas, advirtiendo a aquellos que desobedecen a la ley, les libera de la servidumbre, del error y de las cadenas del demonio, frena las pasiones de su alma y los conduce pacíficamente a la santa concordia de nuestra sociedad" (*Pedag.*, VIII, 65, 3); este es el transfondo del "arte de reprender" del Pedagogo que es signo de su benevolencia pero que se mueve desde la simple advertencia hasta las ásperas palabras; en el fondo, la reprensión del Logos, además de tener por fin la salvación, implica que el Pedagogo "se adecúa como una melodía con el carácter propio de cada uno" (*ib.*, VIII, 66, 5); él sabe lo que necesita cada uno y el hombre descubre así el sentido positivo de un temor que, al producirse, acalla el impulso hacia el pecado y muestra la bondad divina. Más aún, lo que se muestra es Dios mismo como único, como ente, como

justo, como bueno y, por fin, como persona (*ib.*, VIII, 71, 1-3). Y más aún, Dios Padre es bueno y es el Demiurgo (*ib.*, VIII, 72, 3) y Jesús es el Hijo del Demiurgo (*ib.*, 73-1), Hijo del Justo. Entonces, la reprensión (y aún el castigo) adquieren el carácter de una forma del cuidado o solicitud del Logos. Y esta solicitud y benevolencia que es motor de la historia misma del hombre, se desarrolla en formas diversas adecuadas al progreso y al carácter de cada misterio personal.

a) La *reprensión* (*psógos*) que tiene el carácter de una censura y de la cual el Pedagogo posee un verdadero arte por el cual se dirige al hombre; reprender es amonestar, es decir, censurar corrigiendo como hace Yavé con los judíos. Se puede decir que las demás formas se subordinan a la forma general de la reprensión.

b) La *admonición* (*nouthétesis*) que, para Clemente, es "una reprensión afectuosa que ilumina la mente" (*ib.*, IX, 76, 1) como una advertencia, que tiene sentido de amonestación al mismo tiempo, como cuando dice Jesús: "¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos (Jerusalén) a la manera como la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste!" (Mat., 23, 37). Y esto porque el Pedagogo (como el *paidagogós* griego que prevé los peligros del camino) prevé el futuro y, si por un lado muestra el pecado, por otro señala la salvación.

c) La *desaprobación* (*mémopsis*) que da también la idea de reproche y de queja; el no dar por bueno a algo y que, para Clemente, es "una reprensión (*psógos*) que se dirige a los negligentes y descuidados" (*ib.*, IX, 73, 3), como cuando por medio de Jeremías, exclama el Señor: "dejándome a mí para ir a libar a dioses extraños y a adorar la obra de sus manos" (Jer., 1, 16). Pero es posible ir más lejos y la enumeración de Clemente parece seguir una suerte de progreso.

d) La *reprimenda* (*epípleris*) es una "reprensión violenta o un reproche vehemente" (IX, 78, 1) como el dirigido por Yavé a los judíos: "¡Ay de los hijos rebeldes... que proyectan sin tenerme en cuenta a mí" (Is., 30, 1).

e) La *denuncia* (*élegchos*), palabra con la cual intento dar la idea del término griego utilizado por Clemente, pues, para él, se trata, de parte de Dios, de "la exposición pública de las faltas" (de los hombres) o cierta reprensión que pone por delante los pecados, que los hace conocer (*ib.*, IX, 78, 2). Y esa es, precisamente, la idea de denunciar, pues, para hacer una denuncia es menester que sea pública, ante autoridad que pueda juzgar y ante el acusado mismo, si empleamos su significado jurídico. Así denuncia el Pedagogo a los hombres; por ejemplo, en boca de Jeremías: "es un doble crimen el que ha cometido mi pueblo: Dejarme a mí, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua" (Jer., 2, 13).

f) Aún más adentro, el Pedagogo dirige una *psógos* o reprensión "que ilumina la inteligencia" o vuelve más reflexivo (IX, 79, 1) y que Clemente denomina con el término *frénosis* e ilustra con el ejemplo de Jeremías: "¿A quién hablaré? ¿A quién amonestaré que me oiga? Tienen oídos incircuncisos, no pueden oír nada" (Jer., 6, 10). Mlle. Harl, en la edición Marrou de "Sources Chrétiennes" (p. 251) traduce por "remontrance"; podríamos arriesgarnos a utilizar el español *reproche*, como un echar en cara, un volver a mostrar la infidelidad de los hombres.

g) Lo cual lleva a la *reprobación* (*episkopé*) pensada como una reprimenda (*epíplexis*) grave o severa de parte de Dios (*ib.*, IX, 79, 2) como cuando exclama: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados" (Mat., 23, 37). Pero el progreso continúa y el Señor puede dirigir también algo más grave:

h) La *invectiva* (*loidaría*) que es una especie de reprensión (según ya previene antes); se trata pues de "una reprensión muy fuerte" (IX, 80, 1) como la siguiente: "¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza malvada, hijos desnaturalizados!" (Is., 1, 4) y

i) la *acusación* (*égleklesis*) que "es una reprensión dirigida a los injustos" (IX, 80, 2) ya que acusar es imputar a alguien un delito o falta: "tus muchos amantes han sido un lazo para ti. Y tú tenías frente de prostituta, no querías avergonzarte" (Jer., 3, 3).

j) Lo cual no impide al Pedagogo hacer oír el *lamento* (*mempsimoiría*) que "contiene implícita la reprensión y procura la salvación indirectamente por un medio artificioso" (IX, 80, 3). Así, en las Lamentaciones: "¡Cómo se sienta en soledad la ciudad populosa; es como viuda la grande entre las naciones; la señora de provincias ha sido hecha tributaria" (Lam., 1, 1); y, por fin, el Pedagogo de la humanidad suele echar mano del

k) *vituperio* (*diásirsis*) que es otra forma de la reprensión; más exactamente, es una reprensión que deshonra (IX, 81, 1), como aquella terrible: "ramera de encantadores atractivos, maestra en brujerías..." (Nahum, 3, 4) y otras semejantes.

Todos estos modos, cada uno o en su totalidad, aplicados en el orden que el Pedagogo considera más conveniente, conducen al hombre a lo que le es realmente útil por las vías aparentemente negativas de lo que se prohíbe; en general, esto pertenece al *arte de guiar* del Logos lo cual es, propiamente, un *arte pedagógico*. La reprensión, la admonición, la desaprobación, la reprimenda, la denuncia, el reproche, la reprobación, la invectiva, la acusación, el lamento, el vituperio, *curan* el alma y alejan la muerte y, en manos del Pedagogo, son como las medicinas del médico (*ib.*, IX, 83, 2) que no son solamente dulces, sino muchas veces ásperas y amargas; pero es precisamente teniendo conciencia del modo de educar del Pedagogo como podemos, desde nuestro punto de vista, conocer la *sabiduría* del Logos, "pas-

tor" de los hombres y co-director de su historia. Porque el Pedagogo no quiere, propiamente, ser servido sino que vino para *servir* (IX, 85, 1) mostrándose, por eso, dice Clemente, "cansado", "pastor", "dador", "benefactor", "amigo", "hermano"; todo lo cual manifiesta su bondad, es decir, la "recta vía" de su bondad infinita que Clemente, siempre amigo de las analogías, llega a considerar significada por la "iota" de su nombre *Iesou* (IX, 85, 4). Al mismo tiempo, manifiesta su *justicia* pues el "temor" (*fóbos*) puede convertir al hombre; en cuyo caso hay que distinguir entre el temor *cristiano* acompañado de respeto como el que sienten los ciudadanos ante los jefes buenos; otro es el temor *hebreo* acompañado del odio, como el que sienten los esclavos ante un severo señor; el primero, como el de los hijos al padre, lo sienten los cristianos; el segundo, sentíanlo los hebreos ante Yavé (IX, 87, 1). Todo lo cual muestra (contra el gnosticismo judaizante por ejemplo) que "Dios es bueno por sí mismo y es justo en relación a nosotros, precisamente porque es bueno" (IX, 88, 2), mostrándose así la unidad perfecta entre bondad y justicia divinas. Pero Clemente no se detiene aquí —lo que hubiese sido suficiente para rechazar el gnosticismo de su época— sino que busca la justificación de su tesis en el misterio de la Trinidad: "El nos muestra su justicia por intermedio de su propio Logos desde allá desde donde deviene Padre. Porque antes de ser Creador, en efecto, era Dios, era bueno y es por eso que ha querido también ser creador y padre. Esta disposición al amor es el principio de su justicia, también cuando hizo brillar su sol enviando su Hijo" (IX, 88, 2). Y aparece así el Señor de la historia, a través de la justicia, como una acción permanente de amor.

Los modos del proceso educativo, desde el punto de vista del "arte de reprimir" del Pedagogo, ponen a Clemente en la necesidad de mostrar los modos más directamente positivos, es decir, exhortativos y laudativos como expresión de la acción encomiástica (no ya reprensiva) del Logos. En efecto, lo primero es, como sabemos, la exhortación a lo útil (para nosotros) que se manifiesta en 1) el *consejo* (*simboúlion*), el cual tiene tres formas fundamentales; si el consejo es una excitación a querer o rechazar una cosa, el modo primero es aquel que parte del *pasado* (X, 90, 2) por medio de ejemplos; el segundo parte del *presente* tomando los ejemplos en lo vivo: "Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan..." (Mat., 11, 4 y ss.); el tercero parte del *futuro* aconsejando cuidarse de cosas por venir: "los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores..." (Mat., 8, 12). Así son tres las formas por las cuales el Pedagogo llama, voca, a los hombres hacia su salud a través de la temporalidad humana. Así, el Logos nos muestra en sí mismo que conocemos a Dios por el Logos y aquí, dice Clemente, 2) la *gnosis* es llamada *prudencia*; es decir que identifica la *frónesis* con la *gnosis* (X, 91, 3). 3) Otro género de educación es la *bienaventuranza* (*makarismós*), es decir, aquella forma por la cual

nos proclama "bienaventurados" mostrando la recompensa de la gnosis (X, 92, 1 y 2). Por fin 4) nos conduce a la *penitencia (metánoia)* "porque nos quiere salvos" (X, 93, 1). Y así sea por la vía de la exhortación y la alabanza o de la prohibición y la reprensión, el Pedagogo muestra su amor por los hombres y, porque les ama les educa; más aún, las formas de su método educativo no deben ser entendidas como puras palabras exteriores de Dios sino como vocaciones *interiores*, llamados adecuados a la naturaleza inefable de cada hombre; por eso el Logos es el Pedagogo de la historia de la humanidad. El Logos de Dios, siendo Dios, es esencialmente creíble, es decir, merece nuestra fe total según Clemente, porque posee, además, la ciencia (*epistéme*), la benevolencia (*eunomía*) y la autoridad (*paresía*) (*ib.*, XI, 97, 3). Atributos todos del Hijo porque es la sabiduría del Padre, porque la autoridad es propia de Dios Creador y benevolencia porque solamente El se donó como hostia a nosotros. Así emerge la historia humana y se desarrolla desde la formación del hombre por la educación del Logos por el cual los hombres se asemejan a Dios. Por lo tanto, la historia aparece como la corrección del pecado y el rechazo de esa corrección; el pecado como lo "contrario a la razón recta" (*ib.*, XIII, 101, 1) como decían los estoicos, pero que, al menos, concluyamos nosotros, patentiza la libertad del hombre; por tanto, la historia de la humanidad dirigida por el Logos es siempre la *historia de la libertad humana*. El Pedagogo se ocupa no de anular, sino de guiar la libertad de la persona desde la exhortación hasta el vituperio en un repetido y amoroso llamado interior.

La historia entonces, en cuanto *desarrollo educativo de la infancia espiritual del hombre*, no es "historia universal" en el sentido empleado por los modernos sino, más bien, historia de la persona concreta; pero, como en el pensamiento de Clemente, para que haya historia, es decir, desarrollo, es menester la acción pedagógica del Logos (que puedo por cierto rechazar), se sigue claramente que *historia y pedagogía* (en el sentido antiguo) se identifican. Y este proceso, como que es, precisamente, *proceso pedagógico*, implica un progreso, un incremento o enriquecimiento del proceso mismo desde la acción del Logos *protreptikós* (primera manifestación del Logos); y, si es así, el proceso pedagógico como plena formación del hombre se abre y debe acceder a la vida didascálica en la cual el divino Maestro (no ya el mero Pedagogo) cuenta al oído interior del hombre los misterios de su vida infinita. Y, por eso mismo, el proceso solamente se logra en plenitud (perfecta educación del hombre) en la presencia de la eternidad (allende el tiempo histórico y allende el mismo proceso pedagógico) donde, cara a cara, se escucha al Logos *didaskalikós*. El es Quien compone, al cabo, el "nuevo canto" que Clemente barruntaba en las cosas de este tiempo.

ORTEGA CONTRA UNAMUNO

DR. JOSÉ SALVADOR GUANDIQUE
Univ. de El Salvador, San Salvador

EL ANÁLISIS DE LAS POLÉMICAS es esclarecedor y significativo. En México han menudeado y así, para citar algunos ejemplos, el Maestro Caso debatió muchas veces, con Ramos,¹ Lombardo, Junco y Pallares, sirviendo tales encuentros ideológicos en el camino de perfilar puntos de vista y decidir posiciones. La disputa de Ortega con Unamuno posee no sólo el interés de sus egregios contendientes sino la indiscutible importancia de confrontar dos concepciones tanto filosóficas como por la manera de considerar cada uno, su España.

Constituye simple eufemismo —y no de los mejores— salir con el machacón rubro de las relaciones entre Unamuno y Ortega, cuando todo mundo sabe que éste estuvo en amplia guerra en contra de aquél, cuanto media de vasco a madrileño. El uno pretendía españolizar a Europa y el otro europeizar a España. Estaban en actitudes totalmente opuestas.

A don Miguel, terriblemente obsesionado, de San Agustín a Kierkegaard pasando por San Juan de la Cruz, no le inquietaban las objeciones académicas orteguianas y menos vestir el pardo sayal de Juan de Yepes. A Unamuno *le dolía España*, consideraba a don Quijote más histórico que Cervantes, planteaba en su giro los problemas cardinales del existencialismo, perseguía la acepción de los vocablos y andaba perdido en sus soliloquios por las aulas de Salamanca. En vida o muerte, Unamuno persistía, agónicamente, en eterna lucha con los demás y consigo mismo, antitodista por vocación, falto de tiempo para elaborar paradojas o metáforas, al grado que

¹ En "Samuel Ramos —Trayectoria filosófica y Antología de textos" por el doctor Agustín Basave Fernández del Valle, a p. 12, viene expuesta "La Polémica entre Antonio Caso y Samuel Ramos" —Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Nuevo León, México, 1965— no sólo en detalles sino calibrando a los rivales e infiriendo conclusiones.